

no te pierdas...

■ EXCURSIONES

■ Ruta por la “Dehesa Bonita” de Somosierra

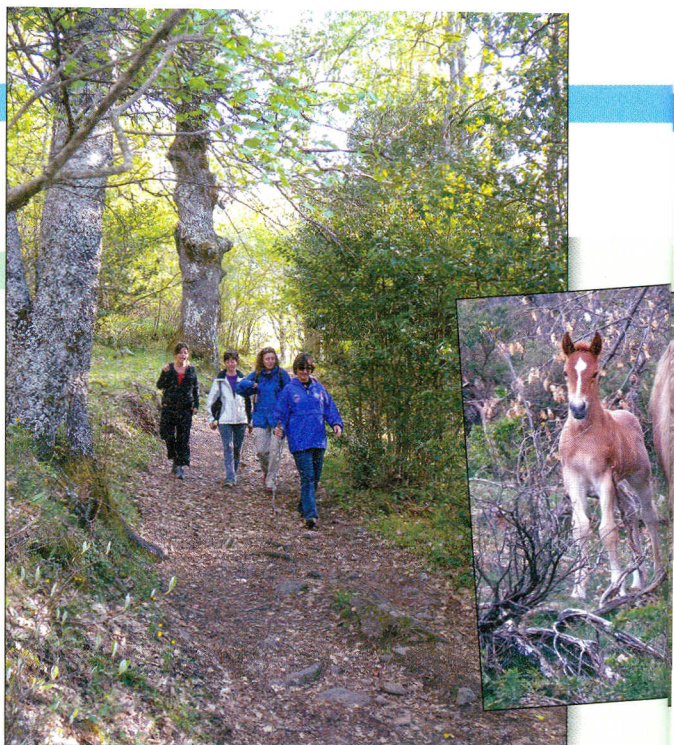
Este recorrido, fácil e ideal para el otoño, es uno de los más hermosos que se pueden realizar en la comunidad de Madrid. En esa época, su excepcional cromatismo es digno de los mejor bosques atlánticos de la península y hasta de Centroeuropa. Recorreremos una espesura vegetal mixta, con predominio de caducifolias, en magnífico estado natural.

Asilvestrada y de arbórea monumentalidad, esta zona es una auténtica catedral de la biodiversidad. Por consiguiente, tanto en su interior como en sus proximidades nos comportaremos con el mismo silencio y respeto con que lo haríamos al visitar esas construcciones humanas. Idóneo para hacer una visita en familia.

Ubicada al sur de Somosierra, en un umbroso valle, se trata de la denominada “Dehesa Bonita de Somosierra”, así llamada por haber sido calificada como “el rincón más bonito de la sierra”. También se le podría llamar el “Bosque de la sabiduría” y no solo por la gran cantidad de ciencia natural que atesora, sino también por la abundancia de avellanos y abedules, ambos conocidos como arbustos y árboles de la sabiduría.

Es un paraje de gran interés botánico, donde vamos a poder contemplar casi toda la gama de la flora atlántica. Hay en su corazón abedules centenarios con excepcionales desarrollos horizontales, con porte de candelabros gigantes, y un monumental acebo del que se dice que tiene unos cinco siglos, o rodales de acebales de cerrada formación. En la parte alta, montado sobre el arroyo, subsiste agónico un deteriorado tejo casi milenario, además de varios robles de porte descomunal. Los avellanos, algunos de gran altura, forman los arbotantes de umbrosas y sugerentes salas o galerías. Además, si vamos con gran sigilo y absoluto silencio, nos pueden salir al paso corzos, jabalíes, algún que otro zorro y numerosas aves. En suma un bosque de “cuento”, hábitat propio de ninfas, duendes y hadas.

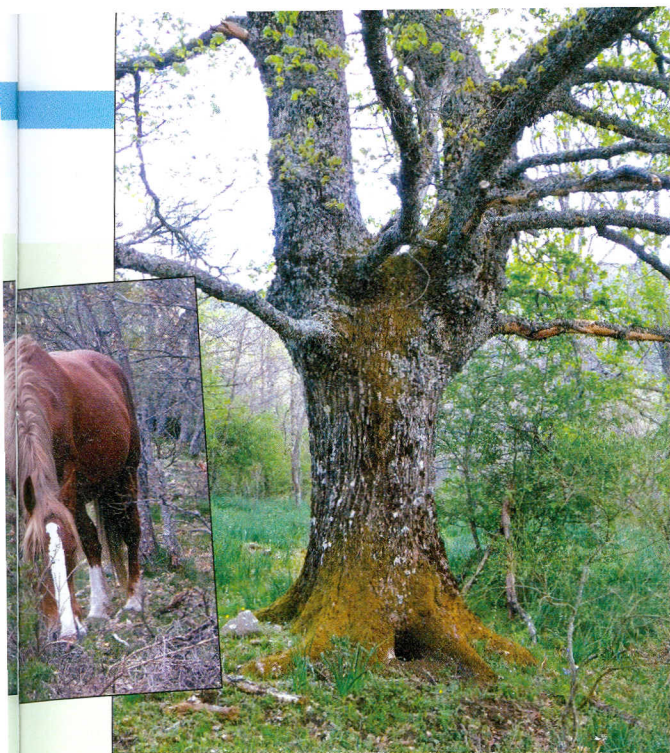
Arriba, caminantes por la dehesa.
A la derecha, abedul con porte de candelabro y un acebo de 500 años.



A esta relictica “selva” casi secreta, se accede fácilmente andando, tras sólo 5 minutos de camino siguiendo una pequeña pista que se inicia frente a la depuradora de aguas de Somosierra, cruzando la antigua carretera N-1 por una portilla habilitada al efecto. Esta discreta entrada no tiene ninguna señalización que la identifique, más que los mismos árboles y arbustos que la conforman.

Ascendiendo una ligera cuesta, por la izquierda nos saludarán a nuestro paso algunos avellanos, mostajos y





Caballos en la dehesa, un roble centenario y el otoño desde el mirador. Abajo, flor de crocus y cascada con un abedul horizontal.



serbales, mientras que a la derecha dejamos un rodal de pino silvestre. Tras pasar una segunda y desvencijada cancela, que como la anterior dejaremos bien cerrada, estaremos en la Dehesa propiamente dicha.

Atravesaremos una pequeña y alomada meseta, salpicada de cambrones (*Adenocarpus hispanicus*), arbusto leguminoso que da nombre al arroyo del Cambrónal que forma el valle de este bosque. Dejaremos a la derecha un aprisco ganadero y descendemos suavemente hasta dicho arroyo por la misma pista, entre robles y avellanos.

Una vez junto al cauce estaremos en el mejor punto de referencia para hacer el recorrido que elijamos. Desde allí nos podemos internar en la esencia de esta joya de dos formas distintas: por una ruta circular, tomando el arroyo como eje, itinerario más complejo y largo, recomendable solo para expertos, dado que es fácil despistarse, u otro más sencillo, cruzando el arroyo, subiendo de frente por la pista, en una cómoda ruta lineal de ida y vuelta, serpenteando por el bosque. En una de esas curvas, la más pronunciada, a la izquierda, se ubica un acebo centenario, cercado por postes de madera.

Al final de la pista está la Fuentefría. En su entorno inmediato, tenemos algunos de esos paradójicos abedules horizontales, un recóndito rodal de acebos a modo de verdadera cabaña natural y un poco más lejos, a unos cientos de metros en dirección norte, un rústico mirador en el mismo centro de esta espesura, particular atalaya rocosa con vistas del conjunto natural.

• **Abedul (*Betula* spp.):** Son árboles caducifolios pertenecientes a la familia de las Betuláceas. Monoicos, en un mismo pie veremos flores de ambos sexos. Su

blanca corteza, prensada y pulida, se usaba para fabricar hojas destinadas a la escritura en la Europa clásica, siendo el nombre latino de estos árboles el de librum, razón por la que se le considera “árbol de la sabiduría”.

• **Acebo (*Ilex aquifolium*):** Es un arbusto dioico de menos de 6 o 7 m de altura, tronco recto y porte piramidal. Los ejemplares femeninos producen un fruto carnoso de color rojo brillante, que permanecen en el árbol casi todo el invierno. Sus perennes hojas, siempre brillantes, como mojadas, de ahí su nombre científico de aquifolium. Con su madera, densa y dura, se construyeron las ventanillas y postigos del Palacio de Oriente, de Madrid.

• **Avellano (*Corylus avellana*):** Arbusto sin tronco definido de menos de 6 m. familia de las Betuláceas. Da frutos secos comestibles con mucho aceite, apreciados en repostería. Su nombre científico viene de koris, casco. Su afinidad con el saber, le viene de que sus chupones se utilizaban como varas punitivas para los alumnos, uso, por fortuna, hoy erradicado.

*Texto y fotos: Paco Cantó y Manuel Cantó
(---> fcantop@gmail.com)*

